

SOBRE LA ACCIÓN TERAPÉUTICA DEL AMOR ANALÍTICO¹

Daniel Shaw, CSW^{2,3}

Ari era un paciente que no era fácil de amar, al menos no al principio, y no para mí. Ari tenía 40 años cuando empezó a verme. Su matrimonio se caía a pedazos, y había sido miserable por años. Se sentía muy cerca de empezar a ser violento con su esposa. Estaba consumido, siempre enojado y siempre ansioso, en su casa y en el trabajo. Su consumo diario de marihuana durante 20 años, además de los cigarrillos, lo habían llevado literalmente a sentirse realmente enfermo.

Ari es físicamente imponente, atlético, musculoso como un toro, con pasado de militar y jugador de fútbol. Lleva un reloj de lujo, un pendiente de diamantes y una chaqueta de cuero. Se afeita la cabeza al cero y conducía una moto, en la ciudad y por todo el país. Cuando le conocí, él hablaba con voz ronca, modulada, en voz alta, con encono, y sin darme una pausa, y cada vez que yo intentaba comentar algo a menudo no podía. Fue maravillosamente elocuente sobre cómo él se sentía de enfurecido acerca de todos y cada uno en su vida. Me di cuenta de cuán a menudo me sentía ansioso por lo que estaba pensando en decirle, y me daba cuenta de que temía que fuera a explotar de rabia y, posiblemente atacarme, si yo decía algo que no le gustará.

Ari pasó más de un año airadamente despotricando sobre su esposa, su hijo, sus socios, sus empleados, etc.. Sintíendome excluido, yo a menudo me encontré a mi mismo transitando entre el resentimiento, el extrañamiento y el sentirme intimidado. Eventualmente, entendí que estaba marginado, conteniendo una necesaria confrontación, en retaliación de una herida narcisista, que sentía sobre mi supuesta falta de impacto en él. Esta comprensión me ayudó a reorganizar y movilizar la asertividad necesitaba para llegar a Ari. Un día, finalmente saque mi voz y dije, bastante fuerte,.

“Sabes, me gustaría decirte algunas cosas, pero me da temor de que si no te gusta lo que vas a oír, me vayas a pegar en la cabeza, incluso literalmente.”

Ari me miró con sus ojos agudos y penetrantes, y yo me asusté. Estaba asustado y realmente muy sorprendido y afectado, sin embargo, empecé a ver como los ojos de Ari se humedecían, y su cara enrojecía. El dijo, tristemente,

“Yo soy igual que mi padre. Sí, esto es lo que yo le hago a todos, mi esposa, mi hijo, todo el mundo, al igual como lo hizo mi padre.” Le dije:

“Debe de sentirse completamente solo, si todo el mundo siente miedo de Ud., de esa forma”. Él me miró, en silencio, y comentó, “Usted conoce la canción ‘Desperado’⁴?”

“Sí, yo la conozco” me dijo, mirándome fijamente.

“Usted me recuerda a esas líneas ‘es mejor dejar que alguien te quiera, antes de que sea demasiado tarde’.”

Ari miró hacia abajo y comenzó a llorar. Yo estaba muy conmovido. Justo entonces, mis muy encontrados sentimientos acerca de Ari se fundieron en un imprevisto calor, respeto y ternura, y me oí a mí mismo

1.- Una anterior versión de este artículo recibió el Premio 2001 Educator's Award for an Outstanding Scholarly Paper del National Institute for the Psychotherapies, New York City. Otra versión fue presentada en la 24th Conferencia Anual Internacional sobre Psicología del Self en San Francisco, el 10 de Noviembre del 2001; y también en el 22avo Encuentro Anual Primavera de la División 39 de la American Psychological Association en New York, en Abril 13 del 2002. Estoy muy agradecido a las siguientes personas por haber compartido conmigo sus ideas y por su estimulación constante: Lewis Aron, Carolyn Clement, James Fosshage, Ruth Imber, Peter Kaufman, Peter Lessem, Tamsin Looker, Valerie Oltarsh, Cynthia Shaw, Donnel B. Stern y Elisabeth Young-Bruehl.

2.- Daniel Shaw, es un practicante privado en la Ciudad de New York. Es miembro del Comité de Educación de la Asociación Internacional de Psicoanálisis Relacional y Psicoterapia Daniel Shaw, CSW.

3.- Seventh Avenue, Ste. 906 New York, NY 10019.. Tel: (212) 581-6658.

4.- Desperado: forajido. Criminal, bandido (N. del T.)

diciendo, “Me encanta este tipo”. Pude a partir de entonces sentirme mas seguro para confrontarlo, y tratar de ayudarlo a contener, su ira obsesiva. Yo estaba en condiciones de abordar la parte herida, tierna de él, que había querido no sólo ocultar, sino también, con gran inquietud llegar a mostrar. Este cambio en mí, y entre Ari y yo permitió entrar en una nueva fase en el tratamiento. El empezó a revelar los aspectos traumáticos de su historia de la que se sentía muy avergonzado y herido, una historia que él había intentado durante toda su vida adulta de ocultar.

Ari es uno de los muchos analizandos que he llegado a amar. Cada díada analítica de la que he sido parte ha tenido su única historia propia de cómo el amor pudo o no desarrollarse, y cómo fue que logró o no expresarse. ¿Qué es esa cosa llamada “amor analítico?” ¿Qué hacemos y que no hacemos con ello? ¿De qué manera su presencia o su ausencia impacta en nuestros analizandos y en nosotros mismos?

El psicoanálisis ofrece un ritualizado ambiente para un proceso que fomenta el desarrollo del íntimo darse cuenta del analizando sobre sí mismo. En el proceso, el analista y el analizando inevitablemente y necesariamente llegaba a estar íntimamente mutuamente involucrados, intelectual y emocional. En el núcleo de este esfuerzo, creo, para ambos, tanto el analista y el analizando, es una búsqueda del amor, del sentido de ser amado, de la reactivación de la frustrada capacidad de dar y recibir amor. Este podría al principio parecer una descripción de conexión más de parte del analizando que del analista, pero se debe tener en cuenta nuestra elección de profesión. ¿No es probable que sea el caso, que hayamos elegido nuestro trabajos, al menos en parte, porque nos brinda el modo de realizar el objetivo de ser especialmente importante, sobre todo querido y valorado por nuestros analizandos? Durante mucho tiempo hemos estado libres para discutir sobre el odio de nuestros analizandos (Winnicott, 1947) y más recientemente para discutir sobre los sentimientos sexuales hacia ellos, incluyendo el revelar tales sentimientos (Davies, 1998).¹ Pero es menos frecuente que discutamos nuestros sentimientos de ternura y cariñoso afecto por nuestros analizandos, al menos no con el tipo de reflexión y gravedad de muchos de nuestros otros debates. Las contratransferencias eróticas o agresivas son ahora ampliamente reconocidas en su estatus de agentes terapéuticos, y de calor natural, de apertura y de expresividad y ya no se consideran anti-psicoanalítica *per se*. Incluso en la presentación de casos donde abiertamente se expresan abiertamente sentimientos de ternura, cariño y amor por un analizando a menudo son recibidos con la sospecha de que el analista ha “actuado” su necesidad narcisista de curar haciéndose convirtiéndose en un padre imposiblemente perfecto frente a un paciente perennemente infantilizado (Freud acusaba a Ferenczi de furor sanandi por motivos similares). En mi opinión, estas sospechas contra la ternura en nuestro trabajo han ido más allá de su función de protección adecuada y han llevado en su lugar a la inhibición del crecimiento y el desarrollo de nuestras reflexiones sobre el amor analítica

Esta diferencia en nuestras teorías y desarrollo clínicos fue señalada hace mucho tiempo por Ian Suttie ([1935] 1999), quien le pidió si “[e]n nuestra ansiedad para evitar la intrusión de sentimiento en nuestras formulaciones científicas, no habremos ido muy lejos al excluirlo completamente de nuestro campo de observación?” (p. 1). Aunque esta cuestión planteada por Suttie tiene ya más de sesenta años, he observado no obstante que es todavía raro encontrar que el papel del amor analítico se encuentre de alguna manera descrito en la historia de casos de nuestra reciente literatura.²

Incluso en los casos en que el amor analítico se menciona, es a menudo sólo tocado, breve e indirectamente. Ghent (1992), por ejemplo, habla de que las necesidades que tienen nuestros analizandos son a menudo como “auténticos deseos de calor humano, de respuesta empáticas, confianza, reconocimiento, fe, y creatividad juguetona- todos los ingredientes que pensamos cuando hablamos de amor” (p. 142, cursivas mías). Y continua, sin embargo, con cautela, que “me gustaría dejar claro que no estoy sugiriendo que todos los deseos, tal y como aparecen en el adulto, pueden ser, o deberían ser, respondidos directamente en el encuadre analítico” (p. 142). Ghent se refiere tentadoramente al amor analítico aquí, ofreciendo una descripción sobre aquello de lo que nuestros analizandos tan a menudo han sido privado, y que por lo tanto, a menudo buscan en vano, que parecen bellamente merecer. Sin embargo él omite, para decepción al menos de este lector, de una exploración más detallada de la respuesta del analista a estas necesidades.

Del mismo modo, cuando Hoffman (1998), describe la situación analítica, afirma que “el intercambio de una forma presumiblemente transformadora de amor por el dinero puede ser dolorosamente torpe, particularmente a la luz de la conciencia del analista de sus limitaciones personales y sus motivos egoístas” (pág. xix), reconoce, aunque sólo oblicuamente, la centralidad del amor en el psicoanálisis. El es mucho más directo acerca de las dificultades y peligros del amor analítico. Su descripción de la “parte oscura, maligna del marco analítico” (p. 224), por ejemplo, señala, en prosa viva digna del Dante, de la potencialidad del analista, vía su narcisismo, para pavimentar el camino al infierno con buenas intenciones. Mientras tales consideraciones precautoria no son sólo válidas, sino de una importancia innegable, no es menos cierto sin embargo, que las renunciadas y precauciones concernientes al amor analítico son ubicuamente destacadas en la literatura, mientras que la acción terapéutica del amor analítico, de su poder y valor, son comparativamente desestimada teóricamente.³

En este sentido, muchos psicoanalistas han durante el último siglo tomado su ejemplo a partir de Freud, eludiendo el concepto de “cura a través del amor”, como antiterapéutico. Cuando Freud informa a Eitington que “el secreto de la terapia es curar a través del amor...” (citado en Falzeder, 1994), se está refiriendo a la tracción terapéutica proporcionada por el amor de transferencia del paciente hacia el médico. Freud tenía muy poco que decir del amor del médico hacia el paciente y estaba preocupado por su propio distanciamiento de la terapia (comparado con Rank, Adler, Jung y por último, Ferenczi) que promovían un estilo sentimental, espiritual e hipnótico de cura y especialmente, de la llamado “cura a través del amor.”⁴

Freud se equivocó cuando intentó inocular al psicoanálisis de los efectos potencialmente peligrosos de amor analítico (pseudo-cura debido a la fuerza de la influencia del analista; enganche del analizando en una adaptación patológica (Brandchaft, 1994), a las necesidades de poder y de control del analista) imponiendo que el analista suprimiera su amor por completo. Por supuesto, uno podría argumentar que la seducción con el fin de lograr control y dominación sobre otro, puede a menudo aparecer en nombre del amor, pero esto no es de hecho, aquello que el amor pretende ser. Y por otro lado, la neutralidad profesional, la abstinencia y la retención deliberada de gratificación pueden ser igualmente manipuladoras de los medios de mantener la dominación sobre y el control de los otros. Esto es precisamente lo que Ferenczi argumentaba, y aquello que algunos Interpersonalistas y algunos teóricos de las Relaciones Objetales que le siguieron, han buscado reformar. De todos modos, como es usualmente el caso con las estrategias que dependen de la represión, y como la creciente influencia de la inclinación relacional en psicoanálisis lo demuestra, los esfuerzos para esterilizar el ambiente analítico no han tenido éxito. El amor del analista prohibido y suprimido (es decir, reprimido) regresó, inteligentemente disfrazados e invertido como lo era el rigor práctico de aquello que surgía de la vergüenza del analizando por la persistencia de lo que se llamaba los anhelos infantiles y que demandaban de los analizandos que esos deseos fuesen renunciados y abandonados.

Mientras que el amor analítico no está de ninguna manera desterrado hoy en día, creo que es justo decir que ello no es fácilmente, ni universalmente aceptado.⁵ Con la popularidad actual, de conceptos tales como el soporte winnicotiano y la empatía kohutiana, esta declaración puede parecer sorprendente. Pero lo que quiero puntualizar en el presente documento es el amor del analista en un sentido más amplio, no sólo como componentes específicos del amor, tales como la contención, la empatía o el reconocimiento.

Temas similares a aquello que deseo abordar han sido recogidos en los últimos años por Irwin Hirsch (con Kessel, 1988; Hirsch, 1983, 1994). En una serie de documentos, Hirsch ha considerado cuidadosamente como, desde una variedad de ángulos, los sentimientos amoroso, sexual y romántico del analista hacia sus analizandos y las formas en que estos sentimientos pueden o no pueden mejorar el trabajo analítico. Mientras que en su trabajo previo, Hirsch (Hirsch y Kessel, 1988) intenta distinguir el amor adulto-a- adulto maduro del analista del amor de contratransferencia, y mantiene una distinción entre los sentimientos amorosos y sexuales; en su obra posterior (Hirsch, 1994) habla de tales sentimientos más ampliamente como actuaciones de amor sexual y romántico amor de contratransferencia. Estoy más de acuerdo con los primeros trabajos de Hirsch¹, pero no quisiera centrarme en los sentimientos de contratransferencia sexual del analista, porque yo creo que pueden ser -y a menudo lo son- algo muy diferente del amor analítico. La contratransferencia erótica y el amor analítico no necesitan ser mutuamente excluyentes, pero no son la misma cosa. Además, yo no conceptualizo el amor analítico como equivalente al amor de la contratransferencia, y tampoco entiendo la experiencia de intercambio de sentimientos de amor entre analista y analizando siempre como el mejor entendimiento bajo el amparo de la “actuación”. El amor analítico no es necesariamente evocado por la transferencia del analizando, aunque ella sin duda se mezclará con contratransferencias concordantes y complementarias del analista.

En este documento, yo quiero intentar articular mi punto de vista sobre lo que es el amor analítico, por qué es importante y por que creo que vale la pena distinguir entre la experiencia del analista de amor romántico, sexual y contratransferencia. Yo deseo unirme a los analistas que ven el amor como central para el trabajo analítico e identificar un linaje de antepasados psicoanalíticos que colocan el amor en el centro de sus teorías del desarrollo. En lugar de buscar explorar el equilibrio de los pros y contras y reiterar los conocidos problemas relacionados con el amor analítico, que Hirsch, Hoffman y otros ya han hecho bastante bien, voy a mantener un cierto enfoque asimétrico en las formas que el amor analítica podría mejorar y avanzar en el proceso analítico. Antes de presentar mi intento de una definición del amor analítico, me centraré en un examen de este tema en la labor de Ferenczi, Suttie, Balint, Fairbairn, Loewald y Kohut. Yo no intento aquí proporcionar una revisión completa de la literatura, una tarea de nuevo ya suficientemente bien realizada por Hirsch y Kessel.⁵ Mas bien, escogeré algunos de los teóricos anteriores y omitiré otros, porque ellos son los analistas cuyo trabajo han tenido mayor influencia en mi pensamiento sobre este tema, y cuyos puntos de vista más sólidos son aquellos que deseo plantear en este documento.

Mi tesis central es que teniendo en cuenta las formas específicas en que muchos de nuestros más importantes teóricos han subrayado el papel crucial del amor en sus teorías del desarrollo, lo que se debe seguir es que

nuestras teorías clínicas convoquen y provoquen el uso de la responsividad emocional del analista -en particular, la capacidad del analista de amar auténticamente y de utilizar su amor terapéuticamente. Esto ha sido un tema controvertido en el psicoanálisis, como Friedman (1978) lo señala en su presentación de 1936 en Marienbad y el Simposio de Edimburgo de 1961. Ambos eventos estuvieron relacionados con la comprensión de qué es lo curativo en el psicoanálisis, y ambos plantearon la cuestión de cómo o si la teoría psicoanalítica de la mente corresponde a su teoría de la técnica. Los participantes de Marienbad fácilmente considerados, sin controversia, cómo los analizandos introyectan los aspectos del analista y los aspectos de su relación con el analista, y cómo esos procesos pueden ser terapéuticos. Aún en 1961, cuando Gitelson (1962) cautelosamente introdujo unos temas similares, sus esfuerzos fueron recibidos con un rechazo casi universal, sus numerosos retractores sostuvieron la interpretación era la única y autorizada vía para la cura psicoanalítica. Un solo participante en Edimburgo se unió a Gitelson. Sasha Nacht (1962) cuya conmovedora adherencia, está mucho más allá de lo que desearía exponer en este documento:

He tenido la experiencia, como todos la hemos tenido, de haber tratado exitosamente a pacientes que habían sido tratados sin éxito por otro colega. Y sin embargo el ex analista había conducido el tratamiento correctamente, y yo me he visto llevado a preguntarme: ‘¿que debería hacer más que él?’ También he tenido la experiencia de ser incapaz de curar a un paciente, y me he preguntando a mi mismo que hice de menos por él de lo que otro hizo. Durante mucho tiempo este problema me, preocupó hasta que llegué a la conclusión en un caso u otro era mi propia profunda actitud subyacente hacia el paciente a lo que tenía que atribuir la responsabilidad del éxito o el fracaso. Nadie puede curar a otro, si no se tiene un genuino deseo de ayudar; y nadie puede tener el deseo de ayudar a otro al menos que él sepa amar, en el sentido más profundo de la palabra [p. 210].

¿Fue Nacht un adelantado a su tiempo? O él estaba más en sintonía con algo profundamente arraigado en teoría psicoanalítica que sus contemporáneos, los miembros del *establishment* psicoanalítico de comienzos de la década del 1960, habían perdido de vista? (8) Porque, en efecto, la historia de la aceptación o el rechazo del amor analítico como un agente terapéutico válido comienza temprano en la historia del psicoanálisis, más notablemente con aquello que Lothane (1998) ha llamado “la enemistad entre Freud y Ferenczi sobre el amor.”

FREUD Y FERENCZI

Fue justo en el punto crítico sobre la naturaleza de la relación de analista/analizando que Freud y Ferenczi, quien había sido el discípulo más cercano de Freud, encontraron diferencias irreconciliables entre sí (Lothane, 1998; Aron y Harris, 1993). Ferenczi eventualmente llegó a ver la cualidad del amor, específicamente el intercambio mutuo de ternura entre padres e hijo, como algo crucial para el desarrollo y el centro de la comprensión de la motivación humana. El enfatizó estos temas en contradicción directa y deliberada con el énfasis de Freud en las pulsiones sexuales y agresivas como la base de la estructura de la psique humana. Correspondientemente, Ferenczi vio que la capacidad para generar ternura mutua entre el analista y el analizando, constituía la nueva experiencia relacional mutativa (Fosshage, 1992), que era esencial para la cura.

Ferenczi vio a la transferencia, no principalmente como una expresión de las presiones del *id* infantil las que a través de análisis se hacían consciente y renunciadas, sino más bien como un foro para que el analizando pudiese volver a reeditar y elaborar las experiencias traumáticas dentro de la matriz de los padres-hijo. Ferenczi creía que esto podía ser posible de lograr de forma más óptima con un analista que fuese más empático, auténtico y emocionalmente activo que con uno que era anónimo, neutral y abstinente. Analizando de Ferenczi, La analizanda de Ferenczi, Clara Thompson (1943), resumió sus puntos de vista sucintamente cuando dijo que Ferenczi “cree que el paciente está enfermo, porque él no había sido amado” (p. 64).

Ferenczi reflexionaba: si la situación analítica es una repetición a través de la transferencia de la situación de la infancia, lo mismo debe ser importante en el análisis, - el paciente debería necesitar sentirse amado y aceptado por el analista... [Thompson, 1964, p. 77]. (9)

Mientras que los intentos de Ferenczi sobre el análisis mutuo son percibidos a menudo como el peor escenario de masoquismo analítico, a Ferenczi lo llevó a reconocer claramente los límites tanto del poder como del amor analítico. En su Diario Clínico (1932), él habla de la inutilidad de pretender más amistad hacia el paciente de la que que uno realmente siente (págs. 35-36). Del mismo modo, en su artículo final de (1933), Ferenczi escribió: “... [Niños] no pueden prescindir de la ternura, especialmente la que viene de la madre. Si más amor o un amor de un tipo diferente del que ellos necesitan, se imponen a los niños en esta etapa de la ternura, ella podría llevar a consecuencias patológicas de la misma forma que la frustración o el retiro del amor...” (p. 164, cursiva en el original). La grandeza de la contribución del Ferenczi radica

en su persistente esfuerzo para comprender y hacer un uso terapéutico de sus sentimientos acerca de sus analizandos, en un momento en la historia analítica en que los sentimientos contratransferenciales eran considerados solo un signo de las insuficiencias del analista erradicada en su neurosis.

Izette DeForest (1954), una analizanda, alumna y amiga de Ferenczi y más tarde amiga y colega de Erich Fromm, aportó la siguiente cita, y sus conversaciones personales con Ferenczi, como evidencia de que él fue muy conscientes de las dificultades implícitas en el uso de la capacidad de amar como un instrumento terapéutico. DeForest escribió:

El ofrecimiento de un amor cuidadoso no puede ser dado, ni por los padres ni por los psicoterapeutas, con demanda o en respuesta a un tratamiento. El puede ser dado libre y espontáneamente como una expresión emocional genuinamente sentida. Y debe proporcionar un ambiente de confiabilidad y confianza, y de esperanza, de modo que el sufrimiento neurótico gradualmente puede aliviarse a sí mismo de sus ansiedades conscientes e inconscientes, de su vergüenza y culpa; de su hostilidad y planes de venganza; de sus rechazados anhelos de amor; de todos sus profundamente escondidos secretos. Debe proporcionar el medio ambiente (no importando lo absurdo que objetivamente pudiera parecer) el cual es esencial para el crecimiento, para el desarrollo de la individualidad. En otras palabras, el terapeuta debería dar al paciente una réplica de los derechos de nacimiento de amor que le fueron denegado, cuándo bebé o niño en crecimiento, pero que, de haberlo tenido, le habría asegurado alcanzar la estatura total de un individuo por derecho propio [págs. 16-17].

Para Ferenczi, no era posible facilitar la realización del analizando de su “total estatura como un individuo en sus derechos propio” sin también ayudarlo a él, a través de la relación analítica, a reconocer y reclamar su “derecho de amor de nacimiento”.

IAN DISHART SUTTIE

Un examen detenido de la obra Ian Suttie parece sugerir que su contribución a las escuelas relacionales del psicoanálisis es casi tan fecunda como lo es la de Ferenczi. En concordancia con Ferenczi, Suttie cree que lo primero que los niños quieren y por sobre todo es intercambio -tanto recibir como dar- de una amorosa ternura con sus padres y otros cuidadores. La alternativa relacional de Suttie a la teoría de la pulsión se centraba en la importancia de los lazos entre la madre y el niño. En deliberado contraste con la obra de Melanie Klein (Klein, 1932) (a quien Suttie conocía y dialogaba sobre teoría en la Sociedad Psicoanalítica Británica en el '20), Suttie vio en el deseo de intercambio mutuo de amor, y no en las fuerzas instintivas de envidia y agresión, las fuerzas organizadoras del desarrollo.

Como ha sido señalado por la sobrina de Suttie, Dorothy Heard, en su introducción a la edición de 1999 de su libro (p. xxii), Suttie admiraba enormemente a Ferenczi. La esposa de Suttie, Jane, quien también era analista, fue la traductora inglesa de muchos de los artículos de Ferenczi en la Contribuciones Ulteriores a la Teoría y la Técnica del Psicoanálisis (Ferenczi, 1926). El interés de hoy en día en Ferenczi probablemente se remontan desde Winnicott al discípulo del Ferenczi, Michael Balint y desde allí a Ferenczi. Aún Suttie, en sus muy populares grupos de discusión en la Sociedad Psicoanalítica Británica, donde también leyó sus artículos a mediados de los años 20 hasta su prematura muerte en 1935, fue un temprano defensor de Ferenczi. Mucho tiempo antes del arribo de Balint, a Inglaterra, en 1939, Suttie había divulgado y desarrollado las ideas de Ferenczi, incluso la ex analizando de Ferenczi, Melanie Klein, estaba tomando muchas de las ideas de Ferenczi y tomando a muchos analistas británicos, en diferentes direcciones. Tanto Fairbairn (en Guntrip, 1971, p. 24) como Winnicott (1967, p. 575) reconocieron directamente la influencia de Suttie sobre sus trabajos, y Bacal (1987) comentó que las ideas de Suttie fueron las simientes, que anticiparon significativamente las de Fairbairn, Guntrip, Balint, Winnicott, Bowlby, Sullivan y Kohut (véase también el prólogo de Bowlby en Suttie, 1999 [1935]). Una reflexiva y extensa revisión del libro del Suttie, que aparece el *Psychoanalytic Review*, fue escrito por William Alanson White (1937), el mentor a H.S. Sullivan, sugiriendo que Sullivan también había conocido los trabajos de Suttie (10)

Tal vez en su más convincente y contundente observación relevante, Suttie encontró que “la ternura misma era un tabú en nuestra cultura y ciencia -tabúes más intenso incluso que el sexo- y que incluso en la investigación y tratamiento psicoanalítico estaba seriamente limitado por este prejuicio” (p. 5). Suttie buscó instalar “la concepción del amor altruista (no-apetente) sobre una base científica” (pág. 3) y al hacerlo así, puso claridad sobre una mirada interpersonal, en contraposición a los impulsos del Id, en tanto modelo de desarrollo. Anticipando la propuesta de Fairbairn de que el bebé es un buscador de relaciones de objeto, la alternativa de Suttie a la teoría de la unidad de la pulsión era “la concepción de una innata necesidad-de-compañía que es en el bebé la única vía de autoconservación” (p. 6). (11)

Suttie vio que la necesidad de dar altruísticamente como innata y universal. El escribió: en los inicios de la vida ninguna de las transacciones entre la madre y el bebé puede ser distinguida... como ‘dando’ o

‘teniendo’ en el sentido de ‘perder’ o ‘ganar’. La madre da el pecho, ciertamente, pero el bebé da la boca, la que es igualmente necesaria para la transacción de succión” [p. 38]... Considero que el niño se despierta a la vida con el germen de la parentalidad, el impulso a ‘dar’ y ‘responder’ en torno a ella. Este impulso, con la necesidad de ‘obtener’ atención y reconocimiento, etc., motiva la libre ‘toma y da’ del compañerismo [p. 58].

Las Ideas de Suttie anticipan aquí los recientes descubrimientos en el campo de la investigación infantil (Stern, 1985) y en la literatura sobre el “modelo bidireccional de la influencia” (por Ej., Beebe, Jaffe y Lachmann, 1992).

Suttie, como Michael y Alice Balint después de él, deploró la demanda en la cultura occidental de que los niños, por el bien de los padres impacientes, prematuramente renuncien a sus derechos a ser infantiles, es decir, dependientes y necesitando un apego seguro. En contraste con Freud, él vio la patología menos enraizada en los celos edípicos y en el temor al padre, que en la frustración de la necesidad de la madre, la cual “debía producir el más extremo terror y rabia, puesto que la pérdida de la madre, es bajo condiciones naturales, un precursor de la muerte misma” (p. 16). Además, la patología surge para Suttie, no sólo cuando la madre es incapaz de dar adecuadamente, sino especialmente cuando el bebé siente que sus propias expresiones son rechazadas por la madre. Suttie anticipa a los posteriores trabajos de Fairbairn (1940, p. 25) cuando dice: “el rechazo de los ‘regalos’ del niño”, igual que cualquier falla por una respuesta adecuada, conduce a un sentimiento de maldad, des-amorosidad en el sí mismo, con melancolía como su expresión culminante” (p. 50). Como en la “defensa moral” de Fairbairn (1943), Suttie describe cómo el niño “exculpa a la madre a través de condenarse a sí mismo” (p. 45), diciendo que, en efecto, la “madre es buena y amable; y si ella no me ama a mí s porque yo soy malo.” (p. 43). Anticipándose al concepto de Winnicott (1960) del falso self, Suttie tomó nota del “impulso del bebé para ganarse el amor al convertirse en lo que quiere de él” (p. 45), como en la estrategia defensa de la identificación con el agresor (Ferenczi, 1933).

Para Suttie, “la superación de las resistencias’ casi podría ser parafraseada como el desarrollo de una relación de confianza en el padre-analista quien debería ser capaz de sobrevivir los reproches derivadas de la ansiedad y rabia reprimida” (p. 217). El analista debería alentar la voluntad del paciente e incentivarlo a relajar sus defensas a través de la expresión de su odio y de correr el riesgo de ser odiado. Esta voluntariedad o confianza es una función del amor o la transferencia (positiva) para que la original ambivalencia del apego a la madre se pueda ‘jugar’ sobre el terapeuta [p. 213].

Suttie introduce aquí el tema de la necesidad del desarrollo para el padre/analista pueda sobrevivir el odio del niño/analizando, algo que Winnicott (1969) más tarde elaboraría como una piedra angular de su propia teoría.

Suttie consideraba que el objetivo del trabajo psicoanalítico consistía en “la superación de las barreras del amar y sentirse amado, y no en la eliminación de las inhibiciones impuestas por el miedo a la expresión de los innatos, antisociales, egoístas y sensuales deseos” (págs. 53-54). Mientras que comparto el énfasis del Suttie sobre la superación de las barreras al amor como un foco analítico central (como hace Coen, 1994), puededarse el caso de que su tendencia a plantear distinciones tan radicalmente polarizadas entre sus creencias y las de Freud y M. Klein hallan contribuido a su relativo actual desconocimiento. Adicionalmente, los esfuerzos de Suttie para desarrollar sus teorías fueron tristemente oscurecidos por su prematura muerte. Mientras que sus trabajos siguen siendo en gran medida no leído por la comunidad psicoanalítica, al menos en este país, no hay duda de que muchas de sus ideas importantes fueron fuente de inspiración para muchos futuros y fecundos desarrollos difundidos posteriormente por Balint, Fairbairn, Winnicott y Guntrip.

MICHAEL BALINT.

Michael Balint, principal discípulo de Ferenczi, huyó de Hungría en 1939 y se radicó en Gran Bretaña, donde llegó a identificarse con la escuela británica Middle Group. Los puntos de vista de Balint y Suttie son notablemente similares, aunque no hay indicios en sus escritos de se conocieran entre sí. Yo hipotetizo que Suttie, a través de sus contactos y los de su esposa con Ferenczi, estaba familiarizado con el trabajo de Michael y Alice Balint (1933), y viceversa.

Balint introdujo su concepto de amor primario (Balint, 1937) específicamente para refutar el concepto de Freud de narcisismo primario. Balint creía, como Ferenczi y Suttie, que los seres humanos están orientados a la relacionalidad desde el principio. En la etapa del amor primario, madre e hijo viven idealmente interdependientemente, con límites borrosos, en “un armoniosa mezcla inter penetrante” (Balint, 1968). El veía el origen de la psicopatología en las interrupciones y los fracasos de esta experiencia de amor primario. Y observó que los analizandos, a menudo después de alcanzar formas más maduras de relacionarse con el analista, retrocedían al nivel de “las falta básica” (1968), el área de la personalidad formada por traumáticas

disrupciones en el estado del amor primario. Lo analizandos, a continuación, trataban de utilizar su análisis con el fin de lograr un “nuevo comienzo”. El nuevo comienzo ayudaba al analizando para “liberarse de las complejas, rígidas y opresivas formas de relación con sus objetos de amor y odio -...- y para iniciar unas nuevas formas más simple, y menos opresivas” (Balint, 1968, p. 134). Balint habla memorablemente de la postura del analista en esta etapa: el analista... debe permitir que sus pacientes se refieran a, o existan con, él como si fuera una de las sustancias primarias. Esto significa que debe estar dispuesto a llevar al paciente, no activamente, sino como el agua lleva al nadador o la tierra lleva al caminante... [E]l debe estar allí, siempre debe estar allí y debe ser indestructible - como lo son el agua y la tierra [Balint, 1968, p. 167].

Algunos parecen ver a Balint como alguien sugiriendo que el analista debería ser constantemente capaz de una intrínsecamente falsa, utópica clase de empatía sin fondo. En esta interpretación, Balint es visto como abogando por una técnica clínica que promovía una masoquista humildad del analista, provocando indeseablemente la infantilización del analizando y la exaltación del analista como un padre imposiblemente perfecto. Yo creo, mas bien, que Balint está conmovedoramente describiendo una forma particular de amor analítico, evocado por analizandos profundamente en contacto con sus traumáticas experiencias de desarrollo, en la cual el analista intenta tanto como sea posible dejar sus propias necesidades y agendas analíticas de lado. El analista proporciona al analizando un nuevo comienzo con su no gravitante, permanente presencia, ofrecida en el servicio de los esfuerzos del analizando en una auto reparadora delineación. La idea aquí es similar al concepto de Winnicott (1958) del desarrollo de la capacidad de estar solo, de sentirse vivo y real, en presencia del otro.

La versión de Balint de amor analítico pretende ofrecer una nueva experiencia relacional. Para el analizando que nunca ha sentido haber tenido el derecho o la seguridad de ser real, el nuevo comienzo es el punto en el cual, a partir de su analista, él puede comenzar a construir confianza y esperanza en la posibilidad de estar en relación con los otros, sin la necesidad de que inevitable y inexorablemente llegue a convertirse en alguien falso, perdido o desmentido. En contraste con Balint, quien vio la falta básica desarrollándose en la etapa cronológica del amor primario, yo entiendo la falta básica como la cristalización dentro del curso total de desarrollo de la infancia, y compuesta por elementos internalizados traumática de los aspectos traumáticos tanto en la relación con el padre y la madre

La falta básica, reconceptualizada de esta manera, se manifiesta con mayor frecuencia en la clínica como un principio organizador central (Stolorow y Atwood, 1992) consistente en el profundo temor o mortal convicción de que él analizando es irremediablemente indigno de ser amado.

W.R.D. FAIRBAIRN

Aunque Fairbairn prácticamente no dice nada acerca del rol del amor analítica en la cura terapéutica, él si es más explícito que cualquier otro teórico, acerca del papel del amor en el desarrollo y la patología. Su colocación del amor en el centro de su teoría del desarrollo es algo digno de ser citada en detalle

... [L]a mayor necesita de un niño es obtener una garantía concluyente (a) de que es realmente amado como una persona por sus padres, y (b) del hecho de que sus padres realmente aceptan su amor. Es sólo en la medida en que tales aspectos se manifiesten en una forma lo suficientemente convincente como para que pueda depender con seguridad de sus objetos reales, que es capaz de renunciar gradualmente la dependencia infantil sin temor La frustración de su deseo de ser amado como una persona y que su amor sea aceptado es el mayor trauma que un niño puede experimentar [Fairbairn, 1941, págs. 39- 40, la cursiva es mía].

Fairbairn aquí describe el respaldo teórico de su concepto de la situación de la situación endopsíquica básica. Con el amor tan central a la teoría de Fairbairn, resulta desconcertante que él no parezca no considerar el rol que el amor podría desempeñar en el tratamiento analítico (12). Cualquiera que sean las razones para esta omisión, el énfasis de Fairbairn sobre el amor, desde mi perspectiva, conduce lógicamente a la idea de que el amor del analista y cómo ese amor es intercambiado y reglamentado en la diada analítica, desempeñará un papel central en la recuperación de la capacidad del analizando a amar y ser amado.

LOEWALD

Mientras que Loewald fue un apasionado freudiano su temprano trabajo con Sullivan y Fromm-Reichmann (Mitchell y Black, 1995, p. 186) pudo haber sido un importante vínculo conceptual a los conceptos relacionales ferencianos que surgen en su trabajo. (Véase a Mitchell, 2000, para una completa elaboración de los temas relacionales en los trabajos de Loewald). Aunque la comparación de las funciones del analista a las de los padres es tan antigua como el psicoanálisis mismo, encuentro que la formulación del Loewald de esta significativa analogía particularmente debido a la vinculación que se realiza entre el amor y respeto (es por esta razón que el título de este documento es un homenaje a Loewald). Loewald

(1960) habla “del amor y respeto para el individuo y por el desarrollo individual” de los padres (p. 229, la cursiva es mía) y como idealmente, el amor y también el respeto informa de la sintonía de los padres con el proceso del desarrollo del niño. En la formulación de Loewald, el padre sostiene y media al niño en una visión esperanzadora del potencial del niño, una visión basada en un reconocimiento empático, cariñoso y respetuoso de la identidad emergente del niño. Loewald (1979) escribió que “es el hecho de traer al mundo, nutrir proveer y proteger al niño de parte de los padres lo que constituyen la paternidad, la autoridad (autoria) y lo que crea un vínculo sagrado del niño con los padres (p. 387).”

Así, para Loewald, el trabajo analítico es la conducción óptima de un medio en el cual el amor y respeto del analista por el individuo y por su desarrollo individual sirve para revivir los procesos descarrilados del desarrollo del analizando -descarrilamientos causados por fallas en la regulación del amor y el respeto en la matriz padre/hijo. Voy a hablar posteriormente del vínculo crucial entre el amor y respeto, y de cómo yo entiendo la formulación del Loewald, más adelante en este documento.

KOHUT

El punto de vista de Kohut sobre el amor analítico o son explícitas en sus escritos, aunque defendió la psicología del self más de una vez de cargos de que su teoría ofrecía poco más que la despreciada “cura a través del amor.” Sin embargo como Teicholz (1999) señala en su estudio entre la resonancia los trabajos de Kohut y Loewald, el concepto del Kohut del objeto arcaico del self pueden ser vinculados tanto con la etapa de Ferenczi de la ternura entre el bebé y la madre, y con la etapa de Balint del amor primario (p. 102). Teicholz señala que “el concepto de objeto del self de Kohut expresaba una insistencia en una permanente, interpenetración mutua de sí mismos, mas que en la autonomía (p. 34, *itálicas en el original*).” Este punto de vista pro-relacional de salud llevó a Kohut recomendar que el analista debería proteger y aceptar la idealización del analizando, en lugar de intentar el camino de interpretarla. Kohut creía que esto permitiría interrumpir los procesos de desarrollo, basados en la falta de un arcaico objeto de self suficientemente idealizado, y tener una segunda oportunidad para reanudar y asumir nuevos objetos, más maduros formados con el analista. Las ideas de Kohut acerca de la aceptación de la idealización del analizando parecen especialmente congruentes, así como la posición de Fairbairn respecto de la importancia crucial para el desarrollo del niño de un sentido de que su amor es reconocido, sentido y acogido con beneplácito, es decir, que su amor es bueno.

Si bien originalmente considera a la empatía principalmente como la herramienta psicoanalítica óptima con la cual recopilar datos (Kohut, 1959), Kohut eventualmente afirmó (1984, p. 74) que la empatía del analista era de por sí un agente terapéutico. A partir de su énfasis sobre la importancia tanto en el desarrollo como en la situación clínica del reconocimiento de las necesidades del objeto del self de espejar, idealizar y gemelar, y con el privilegio de una perspectiva de escucha empática (Fosshage, 1997), creo que Kohut identifica formas cruciales en las cuales el amor es proporcionado y experimentado, entre padre e hijo y en la díada analítica. Irónica, pero no sorprendentemente, dado el clima de su época, lo hizo sin utilizar realmente la palabra amor, y al mismo tiempo que rechazaba firmemente el concepto de “cura a través del amor”. No obstante, Kohut, siguiendo a Ferenczi, abrió la puerta al amor en la relación analítica, lo hubiese querido no.(13)

DISCUSIÓN

En mi trabajo clínico, repetidamente he observado en los analizandos el dolor, sufrimiento y retraso en el potencial crecimiento que ha resultado de sus sentimientos de ser indigno de ser amado; incapaz de amar de manera satisfactoria; de miedo a recibir el amor de los demás; e incapaz de alcanzar tanto autoestima y valía personal como sobre los demás.

En su discusión de los objetivos del psicoanálisis relacional contemporáneo, Mitchell (1993) plantea una serie de preguntas: ¿cómo la vida puede llegar a sentirse real?

¿significativa? ¿valiosa? ¿Cuáles son los procesos a través del cual uno desarrolla un sentido de sí mismo, como vital y auténtico? ¿Cómo estos procesos se descarrilaron, resultando en un sentido de sí mismo, agotado, falso, superficial? [p. 24].

En mi intento de facilitar la exploración analítica de estas cuestiones centrales, he mantenido un enfoque constante en la experiencia del analizando del amor parental, en donde yo entiendo como un determinante crucial el sentido de vitalidad del analizando y su sentido del propósito y significado de la vida. En tratar de comprender y conocer a la persona delante de mí, supongo que las experiencias de amar y ser amado son figura y fundamento en todo momento del proceso analítico. Yo intento aprender cómo estas experiencias han dado forma a sus principios organizadores centrales. Para muchos de los analizandos, he encontrado que

enmarcar estas relevantes cuestiones en estos términos promueve el acceso a los afectos disociados y a su experiencia.

Para dar un ejemplo breve, hablaré de Jane, un analizando en su mitad de la treintena, quien había descrito en los primeros meses del tratamiento una historia dolorosa, insatisfactoria de relaciones y había expresado atormentadas preocupaciones sobre el impacto de la frialdad de su madre y de una inadecuada seductividad sexual de su padre durante su infancia. Sin embargo, ella tenía grandes dificultades para justificarse a sí misma sobre porque ella necesita terapia, y era extremadamente intelectualizada y rumiadora en muchas sesiones.

En medio de esta lucha, ella dijo tristemente, “Realmente no se que estoy haciendo aquí.”

Yo respondí, “Creo que está intentando averiguar si podría o no para Ud., ser posible amar y ser amado”.

Jane, a continuación, lloró libremente, diciendo: “sí, es así.” Ella fue capaz de comprometerse a sí misma con el tratamiento a partir de esto. En momentos posteriores de duda y confusión para ella, en donde bregamos con numerosas vicisitudes de transferencia/contratransferencia y exoactuaciones, este momento sirvió como un potente recordatorio, para ambos, de su propósito y esperanzas en el proceso analítico

Para algunos analizandos, estos temas tomarían años en emerger de alguna manera, de forma manifiesta mientras que para otros ellos podrían aparecer casi de inmediato a la primera. Yo sostengo, sin embargo, que el amor es una presencia constante y crucialmente significativa en el trabajo analítico, forma o fundamento, tanto el analista como el analizando. En un sentido muy real, los analizandos están siempre buscando en el analista, una nueva experiencia relacional del amor, una forma de experimentar una intimidad mutua que no resulte en una retraumatización. ¿Cómo responde el analista?

Esto nos lleva a la cuestión de cómo definimos el amor analítico. El amor analítico es difícil de definir, y a menudo queda sin definirse (14) quizás porque aunque a veces puede parecerse al amor paternal, al amor fraterno, al amor caritativo, al amor filial, el amor erótico, etc., no es de hecho ninguna de esas cosas. Es una cosa en sí misma.

Ofrezco dos principios de definición. El primer principio es expresado por Loewald en su declaración de que las cosas van bien, si los analistas pueden tener “amor y respeto por el individuo y por su desarrollo individual” (1960, p. 229, cursivas mías). En esta declaración, creo que Loewald habla desde su altamente desarrollada espiritualidad, expresando la idea de que los seres humanos merecen ser amado y respetado por sus padres desde su nacimiento, y no tener que hacer meritos o cosas para obtener amor. Tal como también Ferenczi, Suttie, Balint y Fairbairn lo dijeron, el amor paternal es un derecho innato de todos los seres humanos. Sin embargo para Loewald, no es sólo del amor, sino la unión del amor con el respeto, lo que constituye los componentes cruciales de la función parental en el desarrollo humano. Si es amor paternal está presente, pero el respeto por el individuo y el desarrollo personal no (por ejemplo, como cuando el niño es tratado principalmente como una extensión narcisista de los progenitores [Miller, 1981]; y, por supuesto, en los casos de abuso, abandono y explotación de los niños por los padres), habrá igualmente una enfermedad.

Como yo lo he leído, Loewald sugiere que la fe y la creencia en el potencial humano es una característica definitoria del amor analítico. Si la autentica vitalidad y potencialidades del analizando se vieron frustradas en el curso del desarrollo, éste tiene una segunda oportunidad para darse cuenta de esos potenciales con el analista. El amor y respeto del analista por el potencial del ser humano sirve para alentar a los analizandos cuyas experiencias de privación de amor o de amor sin el suficiente respeto, han sido abrumadoramente desalentadoras. Es mi entendimiento de la lectura de Loewald que la frase “amar y respetar” implicaba para él un sentimiento de asombro y reverencia por el potencial humano, y que vio no sólo el vínculo padre/hijo como sagrado, sino también el vínculo analítico.

El segundo principio definitorio del amor analítico es el compromiso del analista con la seguridad del analizando. Yo entiendo las referencias de Loewald sobre el amor paternal y el respeto, como una especie de neutralidad positiva (1960) que sirve para referirse a la abstinencia presente cuando un padre hace el esfuerzo de abstenerse, tanto como le es posible, de la explotación narcisística de su hijo. Del mismo modo, los analistas que aman y respetan la capacidad del analizando para el desarrollo, y que ven al analizando como intrínsecamente digno de amor y respeto, naturalmente intentarán mantener su amor libre de lo narcisista, lo sexual y de otras formas de explotación del analizando. Esta es una de los modos más importantes en el que la crucial asimetría (Aron, 1996), de la relación analítica es contenida.

Como psicoanalistas, nosotros nos dedicamos al crecimiento y al cuidado del analizando. Esta dedicación es, en esencia, un acto de amor y una ofrenda de respeto. En la medida en que somos consistentes en este esfuerzo, nosotros podemos estar haciendo la primera ofrenda de este tipo en la experiencia de muchos analizandos.

¿Cómo podemos tener este amor analítico? Esto no ocurre simplemente por nuestros propios esfuerzos. Sin duda muchos padres se enamoran instantáneamente de sus bebés al momento en que ellos nacen, pero a menudo el amor de los padres crece lentamente, en conjunto con el emergentes sentido de sí mismo del bebé y con el creciente reconocimiento que este hace de los padres Como ha señalado Suttie, los niños

tienen mucho que dar a los padres y no sólo viceversa. Lo mismo puede decirse de la relación analítica. Respondiendo a nuestros esfuerzos terapéuticos, los analizandos nos brindan un sentido de eficacia, orgullo y propósito, todos los cuales constituyen un vigorizante experiencia de objetos del self (Bacal y Thomson, 1998). Nosotros sostenemos nuestro propósito analítico incluso con los más analizandos más difíciles porque esperamos que obtener mejores realizaciones. Esperamos que lo que ofrecemos dará sus frutos en la vida del analizando, en la forma de su curación y crecimiento. Muy a menudo, es el testigo de los frutos de nuestro trabajo en forma de una nueva confianza recuperada del analizando en nosotros, y en su difícilmente lograda curación y crecimiento, que evoca y estimula aún más nuestros sentimientos amorosos. Así como un analizando llega a ser conciente de la profundidad de nuestros sentimientos amorosos hacia él, ello no es sólo afirmado, sino también alentado por su propio éxito al evocar esos sentimientos en nosotros. El analizando se siente que nos ha alcanzado y tocado, que ha tenido éxito en ser reconocidos y valorado. Analista y analizando se sienten valorados y reconocidos, por aquello que ellos han dado, cada uno inspirando al otro a tener éxito en la consecución de los objetivos del tratamiento. Hay mutualidad (Aron, 1966) en el interjuego que es vitalizante para el analista, y terapéutica para el analizando.(15)

Cuando, por otra parte, análisis esta estancado, ello puede deberse a que no se esté cumpliendo la necesidad de afirmación del analista. Racker (1968), influido por M. Klein, considera a los analistas motivados por reparar aquello que hizo enfermar al analizando. (Racker, 1968, págs. 145-146). El analista es alguien cuyo sentimiento de culpa, derivado de la agresión arcaica, la avaricia oral y la envidia, lo llevó a elegir una ocupación donde pueda ritualmente ofrecer preocupación como un modo de reparación de sus objetos internos. Si bien esto puede ocurrir con suficiente frecuencia entre los analistas, yo sospecho que los analistas más universalmente buscan, a través de sus efectos beneficiosos y curativos en sus analizandos, un medio de confirmar que su amor es bueno, como en la formulación de Fairbairn.

Bacal y Thomson (1998) abordan esta cuestión en términos de las necesidades del objeto del self del analista, algunos de los cuales son ubicuos, mientras que otros son específicos de cada diada analítica. En mi propio caso, cuando siento que mi amor, en la forma de mi mejor esfuerzo analítico, está siendo rechazado, puedo, a veces encontrar me centrarme en como el analizando “provocó” o “suscitó” mi aversión. Esto es comúnmente un signo para mí de que estoy narcisistamente herido y preocupado. En este estado, me siento en una situación de desventaja en términos de poder considerar todos los posibles significados del comportamiento del analizando.

Creo que en muchos casos, el estancamiento se produce cuando el analizando no está progresando lo suficiente como para proporcionar al analista suficiente evidencia de la potencia y el impacto del amor del analista. En esta situación, la retirada del analizando estimula la frustración del analista y la contra-retirada debido a su vulnerabilidad a los aspectos problemáticos de haber amado y haber sido amado en su propia historia. (16).

Yo espero poder conducir un análisis, y que mi paciente y yo seamos capaces de experimentar -cada uno del otro- una amplia gama de sentimientos (Aron, 1996). Sin haber de alguna manera tenido que evitar el sexo y la agresión, al final, yo esperarí que nuestros sentimientos predominantes incluyeran el respeto, la comprensión, la aceptación, la empatía, la admiración, el cuidado, y un sincero deseo de felicidad, y cumplimiento y amor. Espero que la experiencia nos habrá enriquecido a ambos en nuestras vidas de muchas maneras, y que ambos seremos capaces de internalizar el valor y pleno significado de la experiencia.

PERMÍTANME VOLVER AHORA A ARI.

Después del punto de inflexión que he descrito anteriormente Ari dejó de despoticar en gran medida, y comenzó a contar su historia. He podido aprender de la forma en que su padre había dominado a todo el mundo alrededor de él, pero especialmente a Ari, su único hijo. Un hombre exitoso y emprendedor que amargamente se separó de sus siete hermanos, el padre de Ari trabajó duro, se fue a la bancarrota y construyó su negocio de nuevo una vez más, finalmente falleció cerca de los cincuenta años de un ataque al corazón. La madre de Ari trabajó a tiempo completo y se dedicó a tratar de calmar a su marido. Ella no intervenía cuando el padre abofeteaba frecuentemente el rostro de Ari, por muchas diversas razones. Ari fue capaz de recordar muchos de estos incidentes, con mucho afecto, pero uno de ellos en particular fue especialmente doloroso. Cuando su padre quería que él sonriera para una fotografía, Ari presentaba dificultades debido a que tenía un defecto en los conductos lagrimales que le hacía muy doloroso que el sol le diera en sus ojos. Debido a que Ari entrecerraba los ojos cuando tenía que posar, su padre solía golpearlo gritando, “¡ahora sonríe, maldito!” Casi cualquier foto que Ari tiene de sí mismo cuando era niño, fue tomada poco después de haber sido dolorosa y humillante abofeteado por su padre.

Tal vez lo más vergonzoso de todos, y algo que Ari no podía conversar en detalles, eran aquellas contadas ocasiones en que él vio a su padre bofetear a su madre. Yo estaba particularmente sorprendido por la historia de problemas en la escuela de Ari, y su identidad en su familia como un salvaje desadaptado, ya que, a pesar de su

gran dificultad para manejar la ansiedad y la ira, yo encontraba que era una persona excepcionalmente trabajadora, inteligente y elocuente. Ari y su esposa estaban ya preparando a su hijo para los exámenes de la escuela secundaria, con la esperanza de inscribirlo en una de las mejores escuelas de Nueva York, a la que de hecho más tarde asistió. Cuando exploramos los sentimientos de Ari acerca de esto, pude preguntarle, ¿por qué el, Ari, no había sido ayudado a aprender de las maneras en que él estaba ayudando a su hijo a aprender? Esto nos llevó a muchas otras cuestiones. ¿Fue alguna vez ayudado a hacerlo mejor en la escuela, o cuales de todas las experiencias de haber sido acusado, reprochado y humillado podía recordar? ¿Había sido su potencial reconocido y alimentado del todo? ¿Qué es lo que su madre pensaba o hacía sobre la recurrente violencia de su padre?

Ari comenzó a afligirse y llorar, abiertamente, sesión tras sesión. Lloraba por su propio maltrato y por su repetición de ese maltrato con su esposa, hijo y empleados; y por la culpa que sentía de traicionar a sus padres al reconocer las dimensiones de sus abusivos y negligentes comportamientos. Yo estaba profundamente conmovido por las lágrimas del Ari. Me sentía honrado que él pudiera permitirse ser vulnerable conmigo, y mis sentimientos de cariño y afectos se hicieron mas profundos. Yo estuve tranquilo durante esta etapa, que duró más de un año. Mis respuestas fueron simplemente contener, no explorar, ni confrontar, rara vez preguntaba algo distinto de una simple clarificación, y no interpretar nada.

El lentamente fue saliendo de esta etapa de intenso dolor, y pronto movilizó más material acerca de sus conflictos con su esposa. Ahora estaba más en contacto con la forma en que su padre había utilizado la ira contra él, fui capaz de interpretarle a Ari su identificación con su padre, y cómo el trataba a su esposa, hijo y empleados del mismo modo en que su padre le había tratado a él. Lo pude confrontar de esta manera porque creo que ambos sabíamos que podíamos confiar el en el otro. Le dije que estaba en una guerra a muerte con su esposa, y que si uno de ellos no intentaba hacer las paces, ellos terminarían viviendo cada uno sobre el cadáver del otro. Repetí este muchas veces.

Finalmente, Ari me contó que estaba cambiando su comportamiento, que él había hecho el amor a su esposa por primera vez en dos años, y que estaba cambiando su actitud en el trabajo, tranquilizándose tanto como podía y manejando los conflictos mucho más suavemente. Ari se estaba reconectando con su profundo amor por su esposa, que iba más allá de sus quejas hacia ella. El año siguiente y posteriores, él se centró en calmarse a sí mismo, logrando mas ecuanimidad, aprendiendo cuando mantener su boca cerrada, cuando disculparse, y cómo comunicarse más eficazmente.

Yo pensaba que los esfuerzos de Ari eran notables, y no hacía ningún esfuerzo por ocultar la alegría que sentía por él. Yo también señalaba mi admiración por que incluso antes de la terapia, y que a pesar de que él a menudo estaba enojado, al menos había no había golpeado a su esposa o a su hijo, y que había buscado ayuda cuando temía que lo podría haber hecho. Y Ari no había negado a su hijo los típicos regalos de infancia que a él mismo le habían sido negados. Y le reflejé que en este sentido, él había superado a su padre. En lugar de sentir una permanente culpabilidad por haber fallado en cumplir las imposibles expectativas de su padre, yo esperaba que Ari pudiera ver que, en muchos sentidos, él se había convertido por sí mismo en un hombre mucho más fuerte que su padre.

Como nuestro trabajo continuaba, Ari se esforzaba por mantener su determinación para controlar su beligerancia y para acercarse a su esposa e hijo. Yo estaba particularmente conmovido por su amor y tristeza acerca de su padre, un hombre que no podía expresar el amor, sólo la ira. Ari podía ahora sentir su odio hacia su padre, y aún así poder pesar por el amor que ambos habían perdido. Mas motivante fue el nuevo encuentro de cercanía y afecto hacia su hijo, quien adoraba a su fuerte y temido padre, al igual como Ari había adorado a su propio padre. Yo estaba muy motivado por escuchar las maneras en que Ari estaba abriéndose y compartiendo con su hijo, y por ver su orgullo y respeto hacia él. Cuando le pregunté si alguna vez le había dicho su hijo lo orgulloso que estaba de como era él, sus ojos se llenaron de lagrimas y dijo que nunca había escuchado una palabra de aliento de su padre, él estaba seguro de que su hijo podría escucharlas de él.

Yo aprecie profundamente a Ari por esto, ciertamente en relación con mis propios sentimientos resonantes acerca de mi padre y mi hijo, sentimientos que se suscitaron fuertemente en mi a medida que escuchaba a Ari. Yo apreciaba muchos otros aspectos tiernos de él, que me había permitido ver y llegar a conocer, al igual que su honestidad y valentía para enfrentar el proceso analítico. Durante mucho tiempo, había tolerado su estilo intimidante de controlar el tratamiento, intentado dejar de lado mis sentimientos de frustración frente a sus diatribas, sólo para llegar a elaborarlos y erradicarlos. Solo cuando yo fui capaz de ser consciente de la aversión que estaba experimentando hacia él como resultado de sentimientos reprimidos, y cuando posteriormente pude enfrentarse a Ari y persistir en mi esfuerzo por conectarme con él, abrió su corazón. Nosotros podíamos entonces crear una nueva experiencia relacional.

La esencia de esta nueva experiencia, en el caso del Ari y en general, es que el amor puede ser experimentado tanto por el analista como por el analizando como si fuera un poder vigorizante de odio y temor. El desafío que se enfrenta el analista es encontrar un lugar desde el cual ayudar al analizando a elegir el amor más que el odio, una y otra vez, a pesar de los muchos peligros que el analizando enfrenta al hacerlo.

Cuando primero comencé a escribir acerca de Ari, nuestro trabajo parecía estar marchando bien. Como en este escrito, Ari y yo hemos trabajado juntos durante casi cinco años. Cuando las condiciones económicas declinaron en la era post-Clinton, y especialmente después del 9/11, los negocios de Ari comenzaron a tambalear. Ari brevemente trató con medicamentos antidepresivos, que inicialmente le ayudaron a mantener la esperanza y de mantener el control sobre el pánico y la rabia. Pronto, sin embargo, como su negocio no lograba remontar, mes tras mes, Ari me hizo consciente de que había vuelto a su hábito de consumir marihuana. Una vez más, él había llegado a depender de la marihuana con el único propósito de que por ese medio él podía obtener alivio de su miedo agonizante y vergüenza, no importando cuan ilusorio y fugaz ello pudiera ser. El se sentía derrotado, como si la vida siempre terminara dándole una bofetada en la cara, no importando cuan duramente lo intentara.

Reconociendo en un momento dado que Ari estaba verdaderamente muy cerca de perder su negocio, sintiendo que estaba renunciando a nuestro trabajo, oportunamente dije algo como esto al final de una dolorosa sesión:

“Ari, soy consciente de que Ud., no siente que nada que le proporcione alivio, como la marihuana. Pero como a menudo le he comentado, Ud., paga un terrible precio por ese alivio. Cada vez se siente más avergonzado y más profundamente solos, entre cada consumo. Ahora ha vuelto a consumir marihuana, porque al igual que en su infancia, usted cree que el entendimiento humano o consuelo no es posible y no confía en ello. Yo tenía la esperanza de que nuestro trabajo podría llevarlo a pensar de otra manera, y yo todavía tengo la esperanza de que eso pueda ser posible, aunque ahora parece que la terapia está perdiendo, y la marihuana esta ganando”.

Cuando terminamos esta sesión, Ari me dijo, con lágrimas, “No sé. Tendremos que ver. eso” Yo seguía sintiendo un gran afecto por Ari, y también sentía una gran tristeza y pérdida por que nuestro trabajo terminara aquí.

Soy consciente de que cómo he presentado mi trabajo con Ari, este podrá ser percibido por algunos como un respaldo, en nombre del amor analítico, de parámetros de provisión, dirección, reaseguramientos y exhortación, alejados de un “adecuado” psicoanálisis. En un modelo pulsional en donde la interpretación es la única intervención exclusivamente admisible, estas formas de estilos de respuesta, no tendrían de hecho ningún aceptación. Pero en un modelo relacional que reconoce la centralidad del amor y de la necesidad, e inevitablemente de la participación emocional del analista, yo opino que estos tipos de respuestas no pueden ser condenados automáticamente.

Espero también que sea evidente, el que yo no creo que la conexión empática y el permitirse a uno mismo operar como un objeto de self sean los únicos modos de trabajo analítico que vea como terapéuticos. Aunque pienso que estos medios analíticos han sido beneficioso y adecuados en mi trabajo con Ari en determinados momentos, también fueron igualmente necesarios y beneficioso muchas confrontaciones y negociaciones que logramos alrededor del reconocimiento intersubjetivo, enfrentamientos que a menudo movilizaron una buena cantidad de agresión y conflictos por ambos lados de la díada analítica. Yo sostengo que cualquier contratación analítica auténtica incluirá necesariamente una fluida, oscilante, y a menudo simultánea utilización tanto de la capacidad de conexión empática del analista, así como de su habilidad en la negociación de las diferencias intersubjetivas como una manera de alcanzar reconocimiento mutuo. No puedo creer que exista algún tipo de relación humana verdaderamente íntima que no incluya ambas experiencias relacionales.

Tal vez la exposición del análisis como pareciera verse en este escrito le parecerá a algunos que proporciona pruebas de los efectos destructivos del amor analítico como yo lo entiendo. Yo, claramente, no lo veo así. Trabajar con Ari nunca ha sido fácil, han habido muchos reveses y frustraciones para ambos. Yo he querido renunciar más de una vez, y ahora quizás es el quien quiere abandonar. En vez de presentar a Ari, podría haber presentado más sobre Jane, una analizando por quien siento un profundo afecto, junto a muchos otros sentimientos, y cuyo tratamiento ha llegado a un beneficioso resultado. Tal vez he optado por presentar a Ari, en parte porque no quiero dar a entender que el amor analítico es una técnica que puede ser usada de cierta forma para garantizar determinados resultados. El Amor analítica, como cualquier otro amor significativo, no es una demanda de ser amado a cambio, o un intento de control, o un trato que se hace en donde usted da al analizando amor y él le da salud. Lo mejor que pude hacer por Ari, creo, era creer en él. La experiencia de alguien respeto a que se crea en uno, con amor y respeto, es exactamente aquello que él nunca tuvo. Yo tengo la esperanza de que esta nueva experiencia relacional para Ari, sin embargo, aunque ella pueda ser una experiencia fugaz, pienso no habrá sido en vano. No era necesario inventar estos sentimientos en beneficio de Ari y aplicarlos técnicamente. Es simplemente necesario, en mi opinión, a persistir con dedicación en el esfuerzo por ser su analista.

CONCLUSIÓN

¿Es necesario para el analista amar al analizando, con el fin de crear una nueva experiencia relacional que es curativa? No me atrevo a ofrecer una respuesta universal y definitiva. Cuándo, cómo y si el analista

experimenta este amor -y si el es o no experimentado, si es explícito- es co-determinado desde dentro de cada diada analítica. Pero la comprensión y aceptación del amor analítico como agente terapéutico, está también influido por los valores de la comunidad analítica, y determinado por la amplitud en que nuestras teorías lo hacen, o no, al incluir y aceptar el amor con sus vicisitudes como factor central en el desarrollo, la patología y la técnica. Mientras los aspectos significativos de los trabajos de los teóricos que se han examinado en el presente documento sean bien integrados el repertorio clínico de muchos analistas contemporáneos, el complicado y crucial lugar del amor en sus trabajos llegara a estar todavía más plenamente articulado e integrado en nuestra teoría y práctica.

Hoffman, hablando de los aspectos irónicos y ambiguos de la influencia y autoridad del analista, llega a la conclusión de que es, sin embargo, nuestra responsabilidad el utilizar los poderes conferidos sobre nosotros “de una manera que sea sabia, compasiva y que empodere al analizando tano como sea posible” (pág. 10). De manera similar, estoy diciendo a en este documento que amor analítico es realmente complicado y peligroso, y que como todo amor, porta un tremendo potencial para la decepción. Este conocimiento, en vez de llevarnos a ignorar, omitir o cancelar nuestro amor, nos parece ser un llamado a persistir en amar, tan auténticamente, profundamente, respetuosamente y responsablemente como nos sea posible.

REFERENCIAS

- Aron, L. (1996). *A Meeting of Minds*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Aron, L. and Harris, A., eds. (1993). *The Legacy of Sándor Ferenczi*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Bacal, H. (1987). “British object-relations theorists and self psychology: some critical reflections.” *International Journal of Psycho-Analysis*, 68:81-98.
- Bacal, H. and Thomson, P. (1998). “Optimal responsiveness and the therapist’s reaction to the patient’s unresponsiveness.” In: *Optimal Responsiveness*, ed. H. Bacal. Northvale, NJ: Jason Aronson, Inc., pp. 249-270.
- Balint, A. (1933). “Love for the mother and mother love.” In: Balint, M., *Primary Love and Psycho-Analytic Technique*. New York: Liveright Publishing Corporation, 1953, pp. 109-127.
- Balint, M. (1937). “Early developmental states of the ego. Primary object-love.” In: *Primary Love and Psycho-analytic Technique*. New York: Liveright Publishing Corporation, 1953, pp. 90-108.
- (1968). *The Basic Fault*. New York: Tavistock Publications Ltd.
- Beebe, B., Jaffe, J. and Lachmann, F. (1992). “Adyadic systems view of communication.” In: *Relational Perspectives in Psychoanalysis*, eds. N. Skolnick and S. Warshaw. Hillsdale, NJ: The Analytic Press, pp. 61-81.
- Brandchaft, B. (1994). “Structures of pathological accommodation and change in analysis.” Presented at the Association for Psychoanalytic Self Psychology, New York City, March.
- Brothers, D. and Lewinberg, E. (1999). “The therapeutic partnership: developmental view of self-psychological treatment as bilateral healing.” In: *Pluralism in Self Psychology*, Vol. 15., ed. A. Goldberg. Hillsdale, NJ: The Analytic Press, pp. 259-284.
- Carnochan, P. (2001). *Looking for Ground*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Coen, S.J. (1994). “Barriers to love between patient and analyst.” *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 42:1107-1136.
- Collins, S. (1980). “Freud and the ‘riddle of suggestion.’” *International Review of Psychoanalysis*. 7:429-438.
- Davies, J.M. (1998). “Between the disclosure and foreclosure of erotic transference countertransference: Can psychoanalysis find a place for adult sexuality?” *Psychoanalytic Dialogues*, 8(6):747-766.
- (2003). “Falling in love with love: oedipal and post-oedipal manifestations of idealization, mourning and erotic masochism.” *Psychoanalytic Dialogues*, 13(1): pp. __
- De Forest, I. (1954). *The Leaven of Love*. New York: Harper & Brothers.
- Ellman, S. (1998). *Enactment : Toward a New Approach to the Therapeutic Relationship*. Northvale, NJ: Jason Aronson Inc.
- Fairbairn, W.R.D. (1940). “Schizoid factors in the personality.” In: *Psychoanalytic Studies of the Personality*. London: Routledge & Kegan Paul, pp. 3-27.
- (1941). “A revised psychopathology of the psychoses and psychoneuroses.” *International Journal of Psycho-Analysis*, 22(2, 3):250-279. Reprinted in *Psychoanalytic Studies of the Personality*. London: Routledge & Kegan Paul, pp. 28- 58.
- (1943). “The repression and the return of bad objects (with special reference to the ‘war neuroses’).” *The British Journal of Medical Psychology*, 29(3, 4):327-341. Reprinted in *Psychoanalytic Studies of the*

- Personality. London: Routledge & Kegan Paul, pp. 59-81.
- (1958). "On the nature and aims of psychoanalytical treatment." *International Journal of Psycho-Analysis*, 39(5):374-385.
- Falzeder, E. (1994). "My grand patient, my chief tormentor: A hitherto unnoticed case of Freud's and the consequences." *Psychoanalytic Quarterly*, 63:297-331.
- Ferenczi, S. (1926). *Further Contributions to the Theory and Technique of PsychoAnalysis.*, (trans. J. Suttie). London: Hogarth.
- (1932). *The Clinical Diary of Sándor Ferenczi*, ed. Judith Dupont (trans. M. Balint & N.Z. Jackson). Cambridge, MA: Harvard University Press, 1988.
- (1933). "Confusion of tongues between adults and the child." In: *Final Contributions to the Problems and Methods of Psycho-Analysis*, ed. M. Balint (trans. E. Mosbacher). London: Karnac Books, 1980, pp. 156-167.
- Fosshage, J. (1992). "Self psychology. The self and its vicissitudes within a relational matrix." In: *Relational Perspectives in Psychoanalysis*, eds. N. Skolnick and S. Warshaw. Hillsdale, NJ: The Analytic Press, pp. 21-42.
- (1997). "Listening/experiencing perspectives and the quest for a facilitative responsiveness." In: *Conversations in Self Psychology: Progress in Self Psychology*, Vol. 13, ed. A. Goldberg. Hillsdale, NJ: The Analytic Press, pp. 33-55.
- (1999). "Forms of relatedness and analytic intimacy." Presented at the 22nd Annual International Conference on the Psychology of the Self, Toronto, October 29, 1999. Fox, R. (1998). "The 'unobjectionable' positive countertransference." *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 46(4):1067-87.
- Friedman, L. (1978). "Trends in the psychoanalytic theory of treatment." *Psychoanalytic Quarterly*, 47:524-567.
- Fromm, E. (1950). *Psychoanalysis and Religion*. New Haven: Yale University Press. Fromm-Reichmann, F. (1959). *Psychoanalysis and Psychotherapy*, ed. D. Bullard. Chicago: The University of Chicago Press.
- Ghent, E. (1992). "Paradox and process." In *Psychoanalytic Dialogues*, 2(2):135-159. Gitelson, M. (1962). "The curative factors in psycho-analysis." *International Journal of Psycho-Analysis*, 43:194-205.
- Guntrip, H. (1971). *Psychoanalytic Theory, Therapy, and the Self*. New York, NY: Basic Books.
- Hirsch, I. (1983). "Analytic intimacy and the restoration of nurturance." *The American Journal of Psychoanalysis*, 43(4):325-343.
- (1994). "Countertransference love and theoretical model." *Psychoanalytic Dialogues*, 4(2):171-192.
- Hirsch, I. and Kessel, P. (1988). "Reflections on mature love and countertransference." *Free Associations*, 12:60-83.
- Hoffman, I. (1998). *Ritual and Spontaneity in the Psychoanalytic Process*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Kerr, J. (1994). *A Most Dangerous Method*. New York: Vintage Books. Klein, M. (1932). *The Psycho-Analysis of Children*. London: Hogarth.
- Kohut, H. (1959). "Introspection, Empathy, and Psychoanalysis." *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 7:459-483.
- (1984). *How does Analysis Cure?* The University of Chicago Press. Chicago, IL. Kristeva, J. (1987). In *The Beginning was Love*. New York: Columbia University Press. Lasky, J. and Silverman, H., eds. (1988). *Love: Psychoanalytic Perspectives.* New York: New York University Press.
- Lear, J. (1990). *Love and its Place in Nature*. New York: Farrar, Straus & Giroux. Loewald, H. (1960). "On the therapeutic action of psychoanalysis." In: *Papers on Psychoanalysis*. New Haven, CT: Yale University Press, 1980, pp. 221-256.
- (1979). "The waning of the Oedipus complex." In: *Papers on Psychoanalysis*. New Haven, CT: Yale University Press, 1980, pp. 384-404.
- Lothane, Z. (1998). "The feud between Freud and Ferenczi over love." *American Journal of Psychoanalysis*, 58:21-39.
- Mann, D. (2002). *Love and Hate: Psychoanalytic Perspectives*. New York: BrunnerRoutledge.
- Maroda, K. (1991). *The Power of Countertransference*. Northvale, NJ: Aronson.
- (1999) *Seduction, Surrender, and Transformation*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.

- Miller, A. (1981). *The Drama of the Gifted Child*. New York: Basic Books. Mitchell, S.(1993). *Hope and Dread in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- (2000). *Relationality*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Mitchell, S. and Black, M. (1995). *Freud and Beyond*. New York: Basic Books. Nacht, S. (1962). "The curative factors in psycho-analysis." *International Journal of Psycho-Analysis*, 43:206-211.
- Orange, D. (1995). *Emotional Understanding*. New York: The Guilford Press. Racker, H. (1968). *Transference and Countertransference*. New York: International Universities Press.
- Rudnytsky, P. (2000). *Psychoanalytic Conversations: Interviews with Clinicians, Commentators, and Critics*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press. Schafer, R. (1991). "Internalizing Loewald." In: *The Work of Hans Loewald*, ed. G. Fogel. Northvale, NJ: Jason Aronson, Inc., pp. 77-89.
- Searles, H. (1959). "Oedipal love in the countertransference." *International Journal of Psycho-Analysis*, 40:180-90.
- (1975). "The patient as therapist to his analyst." In: *Tactic and Techniques in Psychoanalytic Therapy*, Vol. 2, ed. P.L. Giovacchini. New York: Aronson, pp. 95-151
- Shane, Shane and Gales (1997). *Intimate Attachments: Toward a New Self Psychology*. New York, New York: The Guilford Press.
- Stern, D. (1985). *The Interpersonal World of the Infant*. New York: Basic Books. Steingart, I. (1995). *A Thing Apart*. Northvale, NJ: Jason Aronson, Inc.
- Stolorow, R. and Atwood, G. (1992). *Contexts of Being*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Suttie, I. ([1935] 1952). *The Origins of Love and Hate*. New York: The Julian Press, Inc. -([1935] 1999). *The Origins of Love and Hate*. London: Free Associations Books.
- Teicholz, J. (1999). *Kohut, Loewald, and the Postmoderns*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press
- Thompson, C. (1943). "The therapeutic technique of Sándor Ferenczi: A comment." *International Journal of Psycho-Analysis*, 24:64-66.
- (1964). *Interpersonal Psychoanalysis*. Green, M., ed. New York: Basic Books, Inc. White, W.A. (1937). "The origins of love and hate, by I.D. Suttie." *Psychoanalytic Review*, 24:458-60..
- Winnicott, D.W. (1947). "Hate in the countertransference." In: *Through Paediatrics to Psycho-Analysis: Collected Papers*. New York: Basic Books, 1975, pp. 194-203.
- (1958). "The capacity to be alone." In: *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*. New York: International Universities Press, Inc., 1965, pp. 29-36.
- (1960). "Ego distortion in terms of true and false self." In: *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*. New York: International Universities Press, Inc., 1965, pp. 140-152.
- (1967). "D.W.W. on D.W.W." In: *Psychoanalytic Explorations*. C. Winnicott, R. Shepherd, M. Davis, eds. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1989, pp. 569-582.
- (1969). "The use of an object and relating through identifications." In: *Playing and Reality*. London: Tavistock Publications Ltd., 1971, pp. 86- 94.
- Young-Bruehl, E. and Bethelard, F. (2000). *Cherishment*. New York: The Free Press. Daniel Shaw, CSW
- 850 Seventh Avenue, Suite 906 New York, NY 10019 shawdan@aol.com
http://www.danielshawlcsw.com/analytic_love.htm

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE